



















Ellos estaban abajo, tratando aún de calmar a su padre, así que decidió salir aunque fuese temprano.

Cerró la puerta de la calle dejando tras de sí un adiós que nadie oyó.

Merche, con sus cejas alegres depiladas en forma de arco, le preguntó si llevaba mucho tiempo esperando.

—No —mintió Clara, a quien no le gustaba hablar de sus cosas.

Había anochecido. Al local no paraban de entrar chicos y chicas. Siempre más chicas que chicos. También iban parejas, con sus manos o brazos entrelazados, regalándose mutuamente sonrisas, ajenas al resto, como si no necesitaran nada más. Aumentaban en Clara el anhelo de una experiencia que ansiaba conocer.

—¿Entramos? —dijo Carmen frunciendo el entrecejo y obligando así a su enorme nariz a bajar aún más de lo que estaba.

—No sé qué prisa tienes; dentro no vamos a poder hablar —dijo Merche.

—¿Y de qué quieres que hablemos?

—De lo que os ha pasado esta semana, por ejemplo.

—Yo trabajo casi todo el día, Merche, poco me puede pasar —dijo Clara.

—Seguro que no es cierto.

—Vas a echarnos uno de tus discursitos, ¿verdad? —preguntó Carmen.

—Vamos, Carmen, no seas sarcástica —contestó molesta Merche.

—Mira, yo vengo a conocer a un hombre, así que si quieres hablar, hazlo ahí dentro con alguno. ¿Entramos o no? —dijo Carmen.

Clara tampoco entendía a Merche, pero se esforzaba por hacerlo. Solía decir que una tiene que disfrutar de la

soledad, gozar de ir en el tranvía o caminando por la calle, pero Clara no veía nada divertido en eso. ¿Cómo iba alguien a disfrutar de lo cotidiano? ¿Y de estar solo? Por otra parte, no creía que ella fuese la más apropiada para hablar, siendo hija única, estudiante y mantenida por sus padres. Sin embargo, Carmen y ella se habían puesto a trabajar hacía ya cuatro años.

Al entrar, encontraron el aire invadido por el humo y la pista llena, pero aún había sitio para sentarse. Cada una cogió una silla, con un vaso en la mano, sin hablarse, sin mirarse, solo pendientes de los que iban y veían. Uno con un flequillo que le tapaba un poco el ojo se acercó hacia ellas. Clara supo que sacaría a Merche y no se equivocó. Ella nunca estaba sentada más de dos o tres minutos, a menos que así lo decidiera.

Dos canciones tardó en venir el siguiente, pero era demasiado bajo. Hasta Carmen estaba bailando hacía tres canciones. «Todos los sábados pasa lo mismo», pensó Clara. Si todo continuaba igual, dejaría de salir. Cinco más se acercaron y nada.

Empezaba a desesperarse cuando apareció un joven, moreno de piel, muy alto. Apenas le dejó tiempo para llegar hasta la mesa; ella se levantó de golpe al ver que él que se acercaba con la mano ligeramente extendida hacia ella. Bailaron dos o tres canciones sin dirigirse la palabra, hasta que al fin le dijo su nombre, José.

—¿Vienes mucho por aquí?

Ella asintió con la cabeza.

—Llevo un tiempo observándote. Me preguntaba por qué no salías a bailar.

—No he tenido suerte.

—¿Suerte? Me pareció que tuviste varias oportunidades.

Ella sonrió con los labios cerrados.

–Ninguno era más alto que yo. Debo dar gracias a la genética, entonces.

–¿A la qué?

–A la genética.

–Ah, ya. ¿Vives aquí en Madrid?

Durante toda la noche no se separó de él. Él quiso saber dónde trabajaba ella y a qué hora salía y prometió estar allí el lunes para recogerla.



José la esperaba a la salida del taller, con un traje de chaqueta azul marino, bajo la escalinata. La luz de media tarde le reveló el color marrón de sus ojos. Él la cogió del brazo y le dio dos besos tímidos en la mejilla. Ella dijo un «hola» entrecortado.

No sabían a dónde ir, así que comenzaron a hablar mientras paseaban sin rumbo.

–Una de mis mayores aficiones es la lectura –le dijo José–. Y a ti, ¿te gusta leer?

Clara pensó en si debía confesar que había terminado varias novelas de Corín Tellado. No podía evitar sentir vergüenza al comprarlas, aunque al mismo tiempo, gracias a ellas creía en la posibilidad de enamorarse.

–No mucho, la verdad –contestó al fin.

Entraron en una librería. José se empeñó en regalarle un libro. Escogió un ejemplar de *Madame Bovary*. Un dependiente delgado de piel blanca y brillante se acercó a ellos. Clara lo reconoció en seguida; era Mario, el amigo de su hermano.

–Este es José.

–Encantado –dijo el librero dándole la mano, con aquellas minúsculas uñas mordidas que aún recordaba Clara–. Si os puedo ayudar en algo...

–No, gracias.

Mario volvió en silencio detrás del mostrador. José había sido demasiado tajante, pensó Clara. Con todas las librerías que había en Madrid y tener que ir a una donde la conocían, también era mala suerte, pensó.

Cuando salieron, él quiso saber si ellos dos habían sido novios. Ella negó con la cabeza, mientras se alegraba por dentro de que lo pensara. Su hermano solía presentarle a sus amigos, pero ninguno de ellos llegó a pedirle salir. Clara creía que era demasiado seria y que eso los intimidaba, aunque tampoco estaba segura de a qué se debía su falta de atractivo.

Mario la había invitado un domingo al cine a ver una película de amor, parecida a las novelas que tanto le gustaban. Cuando terminó, quiso saber si ella era romántica y, como Clara no entendió la pregunta, no supo qué contestarle. Después nunca más volvió a invitarla a salir.

José insistió en acompañarla hasta su casa. Allí, en la calle, siguieron hablando una hora más. Ella se hubiera quedado tres o cuatro horas escuchándole. Sentía que no podía despegarse de su lado.



Era la primera vez en ocho meses que José llegaba tarde a recogerla al taller. Aunque a Clara, en esta ocasión, le había alegrado. Julia había insistido en ir con ella hasta la puerta. Desde que le había conocido, no dejaba de repetir que José era un chico muy interesante. A Clara le gustaba haber atraído la atención de Julia aunque le incomodaban sus continuas preguntas sobre él.

—¿En qué trabaja exactamente? —le dijo ella, lejos de quererle marchar.

—Comenzó en los talleres de aprendiz, pero ahora está en las oficinas.

—Qué interesante —dijo Julia mientras ponía cara de estar pensando a otra velocidad que ella.

—Quiere estudiar trabajo social en la universidad.

—¿Trabajo social?

—Sí, eso que sirve para ayudar a la gente en el trabajo. Los que saben de leyes.

—¡Ah! Graduado social.

Le molestaba que siempre Julia supiera más que ella, incluso de su propia vida.

Veinte minutos soportó Julia en la puerta del taller, hasta que decidió que se le hacía tarde para no sabía qué cita para el teatro.

Clara cruzó la calle y buscó un banco libre para sentarse a esperar. El sol aún calentaba. Había uno sin sombra, pero no le importó. Se sentó, irguió la cabeza y cerró los ojos. De repente, se olvidó del ruido perpetuo de la ciudad y se imaginó en el pueblo, subida en la cima de la montaña, sentada sobre la hierba, inclinando la cabeza, dejándose acariciar por la brisa y el silencio. Un silencio solo interrumpido por el vuelo de algún abejorro o por los pájaros o por la suavidad del discurrir del río. Veía las rocas cubiertas de musgo sobresalir de la ladera como si

fuesen vértebras. Podía oler de nuevo el tomillo y el humo de leña quemada que provenía de la Casa Grande. El resto de casas, veinte, entre ellas la suya, se aglutinaban alrededor. Qué enorme le parecía el pueblo, a pesar de estar allí arriba. Y qué pequeño le pareció a su padre un buen día. Siempre repetía lo agradecido que le estaba a Don Miguel. «Justo», recordaba su padre día sí, día no, como si hubiera sido el mejor consejo de su vida: «el pueblo se le quedará pequeño; tiene que irse a la capital y darles un futuro mejor a sus hijos.»

Clara sentía que su futuro había comenzado en Madrid a los diez años, aunque no había sido mejor que su pasado. Todo lo que había aprendido, lo había hecho en el colegio del pueblo. El de la ciudad era demasiado grande y estaba lleno de niños y niñas que gritaban, jugaban y se reían. Ella se recordaba en el pupitre, callada, mirando fijamente a la profesora, sintiéndose perdida.

—Clara, ¿llevas mucho tiempo esperando?

—No —contestó ella, haciendo un esfuerzo por abrir los ojos y fijarlos en la cara de José.

—Parecía que estuvieses dormida.

—Estaba recordando.

—¿Qué?

—Como huele la leña quemada.

—Me encanta que seas tan soñadora.

Ella no se creía soñadora y mucho menos capaz de encantar, pero le gustaba que él se lo dijera. Le cogió la cara entre sus manos y lo besó una y otra vez.

—Clara, por favor —le dijo José mientras se retiraba un poco—. Vamos. Llegamos tarde.

—¿A dónde?

—Al dentista. En media hora tenemos que estar allí.

—Pero debe ser muy caro, José.

—No te preocupes por eso.

Le hubiera gustado volver a besarlo, pero se contuvo. Cruzaron en la vespa a toda velocidad las calles de Madrid. Los coches se habían apoderado de la carretera, relegando a un segundo plano los pocos tranvías que aún se aferraban a los tendidos eléctricos. Cruzaron el puente de Ventas, echando en falta debajo el río que antaño mojará la tierra seca. Se detuvieron frente a un edificio elegante, de color blanco.

El dentista le empastó dos muelas y la citó para que volviera en tres semanas para seguir arreglándole el resto. Clara nunca había ido a que le revisaran la boca. En realidad, no recordaba haber ido a ningún médico desde que estaba en Madrid. «Si mi madre lo supiera», pensó.

No sentía el lado izquierdo del labio inferior y estaba un poco mareada, pero prefería quedarse con José antes que regresar a casa tan temprano. A decir verdad, no sabía si era temprano porque siempre que estaban juntos prefería no mirar el reloj.

Fueron al Paseo de la Florida, a una terraza cerca de la Ermita. Antes de llegar, él le contó que la ermita original tenía pinturas de Goya, que en 1928 se cerró al público para restaurarlas y que por eso construyeron la de al lado para el culto. A ella le gustaba escucharle. Que le enseñara.

Al sentarse en una de las sillas, a él se le cayó la cartera. Clara se inclinó para recogerla y vio la fotografía de los padres de él. Asomaba por detrás la cabeza de una chica de pelo castaño.

—¿Quién es?

—¿A ver? —preguntó él mientras la recuperaba—. Ah sí, una antigua novia. Ni me acordaba de que tenía ahí una foto suya.

–Pues no hay más que abrir la cartera para darse cuenta –dijo Clara con la boca torcida por la anestesia.

–Te digo que no me acordaba. ¿No ves que está detrás de la foto de mis padres? Es algo normal.

–¿Normal?

–Sí. Haber tenido novia es normal.

–Yo no he tenido novio.

–Clara, tengo ocho años más que tú.

–¿Y cuándo estuvisteis juntos?

–Hace tiempo.

–¿Cuánto?

–Unos cuatro meses antes de conocerte, más o menos.

–¿Y cuánto duró el noviazgo?

–Cinco años.

–¡Cinco años! Eso es mucho tiempo –ella no acababa de creerse lo que estaba escuchando–. ¿Y por qué se acabó?

–Porque sí.

–¿Porque sí? Tendrías alguna buena razón para dejarla después de cinco años.

–¿De veras te apetece que hablemos de una relación pasada?

–He visto su foto en tu cartera.

–Te he dicho que no recordaba que estuviese ahí.

Clara arrugó el entrecejo e intentó sin éxito torcer la boca hacia el otro lado.

–Se acabó –José abrió la cartera, sacó la foto y se la entregó–. Rómpela, vamos, rómpela si quieres.

Ella se quedó mirándole a la cara, sin atreverse aogerla.

–Yo solo quería saber por qué lo dejasteis –dijo Clara.

Él puso la foto sobre la mesa.



–Porque mis compañeros del trabajo no dejaban de repetir que me iba a casar con ella e incluso hicieron apuestas. Yo les decía que no.

–¿Y qué pasó?

–Simplemente gané la apuesta.

–¿La apuesta?

–Clara, estas son mis últimas palabras sobre el tema. Yo sabía que ella no se casaría conmigo, ni yo con ella, y pasó lo que tenía que pasar: que no nos casamos.

–Pero, ¿cómo puede uno apostar sobre semejante decisión?

José comenzaba a impacientarse y pidió la cuenta. No era la primera vez que se enfadaba, pero Clara no podía evitar seguirle preguntando. Él se levantó y se dirigió hacia la moto. Ella fue detrás en silencio. De repente, se preguntó qué habría pasado con la fotografía. ¿Se había quedado sobre la mesa? Quiso volver pero José ya había encendido el motor.

El resto del camino no se dirigieron la palabra. Ella sabía que él no volvería a hablar sobre el tema. Tres días más tarde, cuando José volvió a recogerla como siempre, al taller, decidió que no le importaba qué había pasado antes de haberse conocido.

